

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

---

 GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.
 

---

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administracion en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—

La Ascension poesia, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Dos para dos, novela por J. Selgas.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

#### CARTAS Á JULIA.

*Continuacion.*

Y puso en sus manos un bolsillo, que el mendigo aceptó sin ceremonias.

—Picaro! ladrón! maldita sea tu ansia! Con tus tripas he de hacer cuerdas para que te ahorque el verdugo! gritó en aquel instante la mujer, sacudiendo con una vara al pobre niño, que lloraba amargamente.

Yo me abalancé hácia él y le amparé en mis brazos.

—¿Qué es esto? ¿qué ha hecho? pregunté á aquella furia, procurando contenerla.

Pero ella sin contestarme, continuó su letanía de groseros juramentos, al través de los cuales pude comprender, que su delito consistía en haber aprovechado el general aturdimiento, para pellizcar las provisiones que traíamos para la vieja.

Viendo que mi intervencion era impotente para defenderle, tuve la malhadada idea de pedir auxilio, que aquellos caribes me prestaron asaz cumplido.

Margarita dió de bofetones, á la que segun supe despues era su nuera, y el mendigo se acercó con una estaca, y pegó á su madre porque pegaba á su mujer, á su mujer porque pegaba á su hijo, y á su hijo porque lloraba, descargando sobre los tres sendos palos de ciego, que tambien me hubieran alcanzado á mí á no haberme puesto en salvo. Pero todo esto, acompañado de tales juramentos, de tan horribles imprecaciones, que no quisiera volverlas á oír jamás, y á las cuales las mujeres contestaban chillando con otras tantas, aun si cabe más groseras.

La abuela necesitó hacer uso de toda su au-



toridad para calmar á aquellos verdaderos energúmenos, y se llevó consigo al niño, so pretexto de que nos sirviera de guía, hasta llegar al sitio en donde se hallaba Eduardo.

Te confieso que me pareció respirar mas libremente al salir de aquella hedionda zahurda. ¡Qué contraste ofrecia la bella, serena y alegre naturaleza, con aquellos salvajes y embrutecidos séres.

### XXXII.

Anduvimos largo rato en silencio, absorta nuestra imaginacion en el repugnante cuadro que acababamos de presenciar. El niño nos seguia brincando y cantando, lo cual nos probaba hasta la evidencia que estaba familiarizado con aquellas escenas que se repetiran probablemente á cada instante.

—¿Has observado, me dijo de pronto la abuela, cómo han obrado ese hombre y esa mujer, cuya inteligencia está apagada, que carecen casi de alma, y solo poseen el instinto, demostrándonos de un modo claro la diferencia que existe entre sus dos naturalezas, y los diferentes resortes que las mueven? Cuando el filósofo duda y no acierta á hallar la verdad entre los confusos problemas de la ciencia, no tiene que hacer más que consultar á la naturaleza, para encontrar al instante la solucion buscada.

Yo la escuchaba atónita: no comprendia adonde podia venir á parar con aquel exordio, pues yo no habia sacado más leccion de cuanto habia visto, sino la de contemplar la hediondísima, á la cual puede llegar la degradacion humana.

—Reflexiona bien, prosiguió sonriendo, que cuando lediste tu parte de almuerzo, el hombre y el niño lo devoran sin pensar en nada, y solo la mujer lo guardó para su anciana madre. Es decir, que la abnegacion instintiva solo residia en su naturaleza, y recuerda al mismo tiempo, que cuando nos vimos amenazados por el novillo, todas nos refugiamos en el interior de la choza, y el hombre solo, ins-

tintivamente tambien, le hizo frente y le derribó en el suelo. Aquí tienes marcados los elementos contrarios que concurren á formar un todo de amor y de abnegacion, de fuerza y de poder. Estos son los dos distintos é infranqueables caminos por donde deben marchar forzosamente las dos mitades del linaje humano, transmitiéndose desde la una á la otra orilla los efluvios de sus almas. En presencia de estos hechos, tomados de dos séres que ni siquiera raciocinan, me parece resuelto el problema de antes de ayer: es decir, que la mujer y el hombre no se asimilan sino por los contrastes, y que valiéndose la naturaleza en uno y otro de tan distintos medios para lograr el fin, distintas han de ser las misiones que se vean obligados á cumplir, y distinta por lo tanto la educacion que los prepare, y fortalezca su alma para alcanzar su cumplimiento.

—¿Y revela esa abnegacion que usted dice, exclamé, el modo cruel con que esa mujer trató á su hijo, hambriento é irreflexivo?

—Te he hablado del instinto, repuso la abuela; es decir, de aquel impulso interior que nos mueve á hacer una cosa, cuando la pasion no nos ofusca ni nos extravian los malos hábitos y una perversa educacion. Esa mujer ha sido educada así, y educa así á su hijo. Es un legado de sus antepasados que ella transmite á sus descendientes, sin ocuparse de si hace bien ó mal. Lo mismo hará ese niño cuando sea hombre y tenga hijos. Sin embargo, esa Meguera, que te ha llenado de horror, lo es por instinto, verás que el amor y la abnegacion brillan sin esfuerzo en todas sus acciones.

—Será así, respondí con impaciencia: pero de todos modos, ¿son estas las madres con las cuales usted cuenta para regenerar el universo?

—Pues estas son, me respondió friamente la abuela; solo falta que iluminen sus almas con la antorcha de la fé; solo falta que den pábulo á la llama del amor, que yace casi apagada por falta de aire en sus yertos corazones! ¡Sí, estas son, no te sonrias! Nunca te burles del que te parezca débil y pequeño, porque una piedrezuela caida en medio de una vía férrea,



puede hacer que vuele roto en mil pedazos el brillante tren que avanzaba devorando los espacios! ¡Ah, también se sonreiría el Emperador de los Romanos, sentado sobre su trono de oro, viendo cual quemaban incienso á sus plantas mil reyes tributarios, oyendo su nombre repetido de eco en eco por todos los confines de la tierra; también se sonreiría, cuando le dijeron, que dos mendigos, dos pescadores entraban por las puertas de Roma para derrocar su imperio y devolver la libertad al Universo!

¡Y sin embargo, aquellos dos mendigos le arrancaron su manto de púrpura, hicieron pedazos su cetro, y plantaron el estandarte de la cruz sobre el soberbio capitolio!

Pues bien, yo pido á esas mujeres, no la ciencia de los filósofos, sino la sencilla ciencia de los apóstoles; yo les pido la fe ardorosa de aquellos humildes é ignorantes pescadores; yo les pido que amen, y que crean, y que enseñen á creer y á amar á sus hijos. ¿Es tan difícil esto? ¿No enseñan las aves á los suyos á tender el vuelo hacia los cielos? ¿No les enseñan los peces á dividir las mugidoras ondas, y los cuadrúpedos á buscar entre millones de plantas la que debe servirles de alimento?

Pues si el corazón de la mujer está formado de amor, como acabo de probarte, ¿por qué no le ha de transmitir instintivamente y sin esfuerzo á sus hijos, cuando los errores y las preocupaciones no estravien su alma, cuando los malos hábitos de una educación grosera y descuidada no bastardeen su instinto?

Créeme: no se necesitan nuevas legislaciones para contener el torrente de desmoralización que amenaza inundar el Universo; basta con que vuelvan sus aguas desbordadas á su natural y primitivo cauce.

Un paso se ha dado; la instrucción ha descendido hasta las más pequeñas aldeas, hay pocas personas hoy que no sepan leer; pero ¿qué es la instrucción sin la moral? Un cuerpo sin alma, una vana sombra, nada!

Pues bien, escríbanse libros de moral que tiendan á ilustrar en sus deberes á la madre de familia; escríbanse para las de la clase proletaria, para las de la aldea, obras sencillas,

cuyo lenguaje sea su lenguaje, cuyos ejemplos estén sacados de su mismo ejemplo; revéleselas el secreto de su vida, el secreto de su poder, el secreto del bien que pueden producir con solo dar ensanche á los naturales sentimientos de su alma, y las verás con noble ardor, dedicando su vida á realizar la grande obra; verás transformarse la sociedad, y como los hijos de tales madres, podrán apellidarse con justo orgullo civilizados, y verdaderos hijos del progreso!

¡Ah, si los párrocos desde el púlpito, si los maestros desde su cátedra, si los ancianos, si las gentes instruidas predicaran por todas partes esta doctrina salvadora, no sería un sueño, no, me complazco en creerlo, el triunfo del bien sobre el mal, y el perfeccionamiento de la raza humana, que tal vez he venido á buscar á este destierro!

La senda era tan estrecha, que obligándonos á marchar los unos detrás de los otros, la abuela tuvo que suspender sus reflexiones.

(Continuará.)

Angela Grassi.

## LA ASCENSION.

¿Por qué el sol vela su luciente rayo  
de ardientes resplandores?

¿Por qué los armoniosos ruiseñores  
con lánguido desmayo  
no murmuran su cántiga de amores?

¿Por qué dobla su cáliz sin aroma  
la flor hoy agostada,  
sin calor, sin encantos, marchitada,  
y la amante paloma  
no llama á su amador en la enramada?

¿Por qué sin luz ni galas ni alegría  
hoy el mundo aparece;  
sin claridad el día,  
el aura sin frescura ni armonía,  
mústia la pobre flor que el viento mece?



¡Nos dejó el Salvador; la luz divina  
que iluminaba el suelo!

El que calmó del hombre el triste duelo  
con las leyes de amor de su doctrina,  
potente y grande se elevó hasta el cielo.

¿Qué será sin su amparo del mendigo  
cuando con voz doliente  
demande pan y abrigo  
al avaro inclemente,  
que es de su padecer frío testigo?

¿Qué será del enfermo desgraciado  
que en sus crudos dolores,  
en el lecho de muerte fatigado  
con acento angustiado  
desmandará ya en vano sus favores?

Y ¿qué del pecador arrepentido  
que buscando la calma  
puso á sus pies su corazón herido,  
y obtuvo su perdón, agradecido,  
la dulce paz del alma?

¿Qué mano bondadosa del que llora  
enjugará las lágrimas de fuego?  
Quién con santa bondad consoladora  
del que piedad implora  
oír benigno el aflijido ruego?

Nos dejó el Salvador! el Dios inmenso,  
perdón de pecadores,  
el que borró del hombre los errores,  
y solo en pago de su amor intenso  
recibió ingratitudes y dolores.

Nos dejó el Salvador! de su mirada  
la pura luz divina  
ya este valle sombrío no ilumina;  
mas para el alma fiel y desgraciada  
dejó eterno consuelo en su doctrina.

Tal es ¡ay! la oración; esencia pura  
que emanada del alma sube al cielo,  
dulcísimo consuelo  
que calma la amargura,  
bálsamo dulce que mitiga el duelo.

Tal es ¡ay! la oración; lazo sagrado  
que le liga á los tristes pecadores,  
raudal de bien y amores  
que el Dios crucificado  
consuelo instituyó de los dolores.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## DOS PARA DOS.

novela original

DE

D. JOSE SELGAS Y CARRASCO.

Acababa Jaime de echarse la última mirada al espejo; pues aunque no era hombre afeminado, tenía el capricho ó la costumbre de vestirse con esmero: y en esta ocasión debemos dispensarle, porque, afligido con la muerte de un tío bastante rico, que le dejaba toda su fortuna, era natural que tributara á su memoria aquel homenaje fúnebre, vistiéndose con mas esmero que nunca, puesto que estrenaba un traje completo de riguroso luto.

Su persona respiraba tristeza, desde el charol brillante de las botas hasta el negro azabache de los botones que hacían resaltar la blancura de la camisa. Sus cabellos rizados, sus grandes ojos y su barba peinada, se asociaban también al duelo de su vestido, como si la naturaleza, previendo el caso de este dolor, se hubiera anticipado haciéndolos oscuros. Sobre todo el lazo de la corbata espresaba admirablemente su pena, mostrando el nudo más gracioso y más triste que puede presentar una corbata negra.

Acababa, pues, de dar su última mano á su tocado, y se disponía á leer algunas cartas de pésame, que se hallaban sobre la chimenea, cuando sintió que llamaban á la puerta de su cuarto.

—Adelante, dijo.

No tuvo necesidad de repetir la invitación; pues abriéndose la puerta impetuosamente, dió paso á un joven que, sin más ceremonia, arrojó el sombrero sobre una silla, y fué á hundirse en una butaca, cuyos muelles, sorprendidos, crugieron con espanto.

—¡Tu por aquí! exclamó Jaime.

—Yo. ¿Te sorprende? ¡Pues es la cosa más natural del mundo! Estás de luto, de riguroso luto;



no falta pormenor ni detalle á tu justo sentimiento, y no habia de ser yo el último en venir á darte la enhorabuena.

—El pésame querrás decir.

—Como estamos solos, me he permitido hablar con propiedad.

—Ya ves... mi pobre tio...

—¡Tu pobre tio...! Me llenas de tristeza, y en ese caso comprendo tu dolor; pero muchas veces hemos hablado de este trance cruel, y siempre me decías que tu pobre tio era muy rico.

—Es cierto; más...

—Me estremeces con tantos puntos suspensivos. ¿Acaso no eres tu único heredero? ¿Te ha salido algun pariente ignorado?

—Sin duda alguna yo soy su único heredero. ¡Figúrate que el buen señor no pensaba morirse, y á muerto abintestado!

—Es decir, que vas á recoger su fortuna íntegra; porque si hubiera hecho testamento, habria dejado mucho que no seria para tí: ya sabes que el buen señor fué un solemne calavera, muy capaz de hacerte partir su fortuna con algun primo desconocido, de esos que suelen salir en la última hora de los tios incansables. Por lo menos estos eran tus temores.

—Sí; más debo hacerle justicia: sus calaveradas serian invenciones poco escrupulosas, y en todo caso, calaveradas sin consecuencia; porque si no.....

—Porque sinó... Claro está; habria tenido la precaucion de no morirse de repente. ¿No es esto?

—No digo que no; quiero decir que habrá tenido arreglados sus asuntos, y hecho su testamento.

—Es verdad, pero tú mismo has dicho que el pobre tio no pensaba en morirse.

Jaime se encogió de hombros como si quisiera decir: «Me lavo las manos;» y su amigo prosiguió:

—De todas maneras, tu estás en la plenitud de tu derecho, y vas á ser rico, ó lo que es lo mismo feliz, por la combinacion de tres circunstancias bien tristes: un tio que se muere, que se muere de repente, que se muere sin hacer testamento. ¿Que has de hacer? Lo que haces; cubrirte de luto para que el mundo vea lo negro de tu suerte.

—Sin duda crees, le advirtió Jaime, que la miseria de esta herencia ahoga en mí todo sentimiento, y te equivocas. Mi buen tio ha sido para mí un segundo padre; él ha sufragado los gastos de mi carrera, á él se lo debo todo: ya ves si es acreedor á mi reconocimiento.

—¡Acreedor, acreedor! Esa es la palabra más odiosa que existe en el Diccionario. Dichoso tú

que acabas de enterrar á aquel á quien se lo debes todo; en cambio á mí me entierran mis acreedores.

—Veo que esta mañana discurre con la lógica de tus deudas, y no me sorprende la exervacion de tu escepticismo. Pero, vamos á cuentas: somos amigos, voy á ser rico, y te ayudaré á salir de las trampas en que has caído.

¿Que más quieres?

—No seré yo el que convierta á un amigo en acreedor; guárdate tu dinero, porque yo no lo necesito.

Además, ¿qué harías sacándome del atoyadero en que me encuentro? Nada: ponerme en camino de caer en otro. Yo tengo un recurso supremo para pagar de una vez mis deudas; recurso terrible, pero seguro, á que apelaré muy pronto.

—¿Cuál?

—Mi vida.

—¡Miguel, tu no hablas formalmente!

—Te aseguro que se merien los huesos pensando en la desesperacion de mis acreedores cuando sepan mi muerte. Creo que no harán ostentacion de su pena vistiéndose de luto; pero me llorarán con todo su alma, es decir, con todo su bolsillo. Y mira tú lo que son las cosas; se desesperarán porque me he muerto, y francamente, yo me mato porque ellos no me dejan vivir.

—Me parece que precipitas los acontecimientos.

En el orden de los recursos humanos, la muerte es el último, lo cual significa que antes hay otros.

—Los he agotados todos: económicamente hablando, me he reducido á la última operacion; he asegurado mi vida para matarme. Vas á decirme que es una muerte fraudulenta; pero esa es la natural contingencia del negocio.

—No veo el caso tan perdido como tulo pintas. Hace cinco años que recibistes, como yo la investidura de doctor en jurisprudencia: eres por consiguiente, un hombre de carrera; no te falta talento: abre, pues, tu bufete y trabaja.

—¡Trabaja ese es el verbo favorito de la tirania moderna. ¡Trabaja! esto es, úncete á un carro como una mula, y tira hasta caer de boca, ó lo que es más absurdo, quítate la vida para vivir. No, nunca. Yo soy materialista neto. Fuera de aqui no hay nada: pues bien aqui lo quiero todo: ó gozo ó muero.

Mi última conclusion económica no tiene vuelta de hoja. ¿Tengo cubierto en el festin de mi vida? ¿Sí?

Pues vivo. ¿No? Pues me mato.

Jaime hizo un gesto de incredulidad, y el materialista continuó:



—Haz todos los gastos que quieras; los gastos no son razones, y la gran ciencia nos conduce como de la mano al placer ó al suicidio mientras que la igualdad universal no nos haga á todos dueños de todo, de la misma manera que poseemos la luz que nos alumbra y el aire que respiramos.

—Semejante comunismo es imposible, repitió Jaime.

—Lo imposible es, porque es injusto, que no haya otra vida, que todo esté reducido al paraíso de la tierra, que seamos todos por igual derecho dioses de este eden, y tu vivirás como un millonario y yo como un miserable. Comprendo que la fé mitigará el único rigor de tan cruel diferencia, infundiendo en los ricos la caridad y en los pobres la esperanza, haciéndoles iguales ante el tribunal del día del juicio.

Pero ese artificio de la teocracia ha caído ante la luz de la ciencia; la razón pura se levanta implacable contra la fé, y la teología, que busca á Dios, ha caído bajo el imperio de la economía política moderna, y que solo ve al hombre. La revolución está hecha: la tierra á conquistado al cielo, nos hemos repartido el derecho, la autoridad, la soberanía, la justicia, la sabiduría y la omnipotencia, y ya no nos queda más que repartirnos el dinero; la última palabra de nuestra civilización es el comunismo.

Todo ha caído: que caigan también los ricos.

—Siempre has incurrido en las mismas exageraciones, y te aseguro que tus palabras no me convencen: yo soy deidista.

—¡Deidista!

Jaime dejó ver una sonrisa compasiva, y dijo: ¡Muy bien! De todo esto saco en consecuencia que no quieres trabajar: perfectamente, no trabajes; pero ahí tienes la política, que te abrirá fácil acceso á las más elevadas posiciones.

—Es tarde replicó Miguel: no puedo ya ponerme al servicio del primer ambicioso que quiera hacerse dueño del mando, ni he de prestar mis hombros para que trepe por ellos el más ligero. Además, yo soy lógico: creo que los pueblos deben gobernarse por sí mismos, y deduzco que ningún pueblo necesita gobierno. Por nada en el mundo haré traición á mis ideas; así es que si no encuentras otro medio para vencer la dificultad, no doy por mi vida un cuarto.

—Veamos otro: tu eres bastante joven y no mal mozo; esos ojos azules no dejan de tener atractivo; las facciones son regulares, alto y airoso, y sobre todo tu cabeza rubia, naturalmente rizada es encantadora. Pues bien: suelta esos pantalones verdes, ese chaleco azul, esa corbata de diez mil colores y ese gaban descolorido. Vís-

tete á la moda, regenera tu traje, rehábilitate á los ojos de las mugeres impresionables, y no faltará una millonaria que te dé su mano, que no será por cierto mas blanca que la tuya.

—Verdaderamente, dijo Miguel con aire pensativo; una mujer rica es una buena colocación para un muchacho pobre; más, sea como quiera, siempre será venderse, ó cuando menos alquilarse por mas ó menos precio. Sin embargo, apéchugo por ese inconveniente; busco la millonaria, y la encuentro; se prenda de mi persona, y me caso. No estamos en situación de pedir golle-rias, y siendo rica, será preciso dispensarle que sea fea ó tonta, que es peor aun: y aquí tienes á tu hombre en peligro continuo de ahorrarse por salir de ella.

—Partimos del supuesto que sea para ti una muger agradable, que te guste y la quieras.

—Eso ya es más difícil; pero acepto la suposición, y digo: nuestra millonaria es discreta y hermosa; más por lo mismo que es discreta comprenderá que la mujer que compra un marido tiene al fin y al cabo derecho á venderlo; y aquí tienes de nuevo á tu amigo que, huyendo de matarse, se verá en la necesidad de matarla á ella.

—Eres insoportable, y tienes la lógica de una pared maestra. ¿Cómo quieres que una mujer millonaria se case con un perdulario como tú, si no está ciegamente enamorada; ¡ahora bien: si está ciegamente enamorada; ¿cómo quieres que sea infiel?

—Bueno; paso por todo, hasta por la eternidad del amor. Mi futura es ante todo millonaria, es además hermosa y discreta, y está también asegurada de falsedades de un amor á prueba de bomba. Pero ¡ya se ve! yo que me he vendido, quiero naturalmente gozar el precio de mi venta, y gasto, y derrocho, y triunfo, y vivo. Mi bella y discreta millonaria no es ni siquiera celosa, más vé que su fortuna se vá por los agujeros de mis bolsillos, y calla, sin embargo, hasta que los criados murmuran y los parientes se escandalizan. Entonces me dirige las más finas reconvenciones, que me entran por un oído y me salen por otro; despues me hace cargos bastantes razonables, que mi dignidad no puede oír sin ofenderse; y, por último, llega un día en que me declara muy formalmente que todo lo que hay allí es suyo. Al oír estas palabras pierdo la cabeza, se me van las manos, y le rompo una costilla. ¿Te parece que esto es más agradable que colgarse de un pino.

—Te vés cerrando las puertas de tal modo



que al fin no vas á encontrar más recurso que quitarte de enmedio.

—Ese es mi propósito; pero aun me quedan quince días de vida: he jugado á la lotería.

Jaime se olvidó por un momento de la muerte reciente de su tío, y soltó la carcajada diciendo.

—¡Apelas á la Providencia!

—Yo, no, exclamó Miguel levantándose: apelo á la casualidad.

—Juegas una probabilidad contra mil.

—No lo creas; juego la vida por la vida.

—En ese caso estoy hablando con un cadáver.

—Ni más ni menos. Si dentro de quince días ves que el número 7,894 ha obtenido el premio mayor, cuéntame millonario, por que tomaré 60,000 duros; y si no ves semejante cosa, cuéntame con los difuntos.

—¿Eso es irrevocable?

—La miseria es la muerte sin morir, y yo prefiero la muerte muriendo.

—De aquí á quince días pensarás otra cosa.

—He venido á despedirme de tí. Sabía que llorabas la muerte de tu pobre tío, y me ha parecido, tu dolor muy oportuno, para que aproveches la ocasion de llorar á la vez la muerte de un amigo.

—Pero, vamos ¿no te espanta el suicidio?

—¿Y por qué ha de espantarme? Lo elijo como un mal menor. Y, á imitación de Voltaire, he determinado á la muerte por venir á abrazarte.

—Sin embargo, suicidarse es una cobardía.

—Y ¿quién te ha dicho á tí que yo he hecho profesion de valiente?

—El caso es que yo contaba contigo para dentro de tres meses... ¿Qué podré yo hacer para que vivas?

—No veo mas que un medio: hazme sobrino de tu pobre tío, dame su muerte abintestato y viviré,

—¡Demonio! exclamó Jaime mordiéndose los labios, eres muy capaz de hacer lo que dices; te conozco, y sé que tienes la monomanía del suicidio. ¿Me das palabra de aplazar tu resolución?

—Antes de empeñarte mi palabra, que es lo único que me queda que empeñar, es preciso que sepa para que me necesitas dentro de tres meses.

—Quiero que seas testigo...

—Hola ¿tienes algun lance á noventa días?

—No, es que dentro de tres meses me caso.

—Dáme la mano, prorrumpió Miguel con verdadera efusion. Aprieta... así... veo que existe entre nuestros destinos una relacion fatál; tú vas á casarte, y yo me mato. Por algo hemos sido siempre tan amigos.

—Verdaderamente no lo entiendo, exclamó Jaime algo picado.

El materialista dominó al deista midiéndolo de arriba á abajo, y cruzando los brazos, y balanceándose sobre las puntas de los piés, le dijo:

—Pues es muy sencillo. Tú te casas porque eres rico, y yo me mato porque soy pobre; las causas son distintas, pero el efecto es el mismo.

—Pero en fin, ¿cuenta con tu presencia?

¿Quieres ser testigo de mi boda?

Miguel reflexionó un momento, y al cabo contestó.

—No, si yo exigiera de tí que vinieras á presenciarme mi muerte, lo rehusarias; yo hago lo mismo negándome á ser testigo de tu casamiento. Adios, César, «el que vá á morir te saluda.»

—No dijo mas, y tomó su sombrero.

—La despedida de los dos amigos fué tierna: se abrazaron muchas veces con mútua y verdadera compasion, y realmente ambos tenian los semblantes pálidos y los ojos húmedos.

Al fin se separaron.

Cuando Jaime sintió cerrar la puerta que daba á la escalera, se miró al espejo y dijo al cabo de un rato:

—Este perdulario está loco, pero loco rematado.

Al mismo tiempo Miguel bajaba precipitadamente la escalera exclamando: hé ahí un millonario tonto, completamente tonto.

## II.

—Hija mia, eres muy desgraciada: te habia prometido llevarte esta tarde al Prado en carretela descubierta. ¡y mira que contratiempo! á mamá la ha acometido la jaqueca. ¡Vamos! con las señoras mayores está visto que no se puede contar para nada.

Hablaba así una señorita de diez y ocho á veinte años, morena, y por consiguiente impetuosa, movible y alegre, con un par de ojos que hacia mas negros la sombra de sus dobles, espesas y largas pestañas, con los que lanzaba ardientes miradas, bajo sus hermosas y arqueadas cejas.

El cabello crespo y vigoroso se alzaba sobre la frente en ondas caprichosas, brillando como el azabache, y el carmin de sus labios desdeñosos y risueños hacia resaltar el blanco esmalte de sus pequeños dientes.

Hablaba de ese modo á otra señorita de la misma edad, cuya dulce belleza ofrecia un conjunto armonioso, en el que contrastaba el rubio



oscuro del cabello, de la cejas y de las pestañas, con el negro azulado de los ojos y con la blancura trasparente de su apacible fisonomía.

—Déjalo dijo ésta última: pasaremos aquí la tarde; lo sensible es que tu mamá se halle indispueta.

—¡Nó! exclamó la otra: la indisposicion de mamá vale bien poco, pero es bastante para que no pueda acompañarnos. Sin embargo no renuncio á nueatro paseo querida Isabel, iremos solas... Voy á pedir la carretela.

(Continuará.)

### Á MARIA EN MAYO.

Susurra el aura entre flores,  
Sopla la brisa del mar,  
Y en misteriosos rumores  
¡Salve, Reina de las flores!  
Se las oye murmurar.

En el concierto del ave,  
Del viento en el eco grave.  
Que agita el bosque ó la miés,  
No hay nota que no te alabe  
Al espirar á tus piés.

Humilla á Tí su esplendor  
El soberano del día;  
Que de su rayo el calor  
Es un destello de amor  
Que de su trono te envia.

La rosa que oculta miro,  
La del jardin embeleso,  
Te envian en blando giro,  
En su fragancia un suspiro  
Y en cada suspiro un beso.

El marino desfallece  
Del mar en la furia brava;  
Mas si tu estrella amanece,  
El mar airado enmudece,  
Y enmudecido te alaba.

En la cañada la-fuente,  
En la montaña el torrente  
Y en el valle el claro rio,  
Con rumor manso ó bravio  
Te acatan perennemente.

De humo la ondeante nube,  
Que con el alba del día  
Sale de la casería,  
Parece incienso que sube,  
A saludar á Maria.

La campana de la ermita,  
Cuando al valle precipita  
De sus ecos el raudal,  
Te llama de su metal  
En cada nota: ¡Bendita!

De tu belleza y tu amor,  
Como en dulce frenesí  
Subyugado enderredor,  
Todo ser clama á su autor  
Dirigiéndose hácia tí.

Por eso el hombre, corona  
De la creacion viviente,  
Que Rey de ella se pregona,  
Palpitar su pecho siente  
Y un himno tambien entona.

Himno que es una oracion,  
Una súplica, un suspiro  
De gratísima emocion,  
Que va, en misterioso giro,  
Del suyo á tu corazon.

Del polo ó del ecuador,  
De donde quiera que vuele,  
Llegará y hallará amor,  
Bálsamo para el dolor  
Y esperanza que consuele.

Que eres Madre, y cuando ves  
A tus hijos á tus piés,  
No pueden sino esperar  
Que el cielo mismo les des,  
Ya que Tú lo puedes dar.

M. L.

Granada.—Imprenta de «La Madre de Familia»